

IN MEMORIAM

† ADOLFO MUÑOZ ALONSO

La cruel y dramática desaparición del profesor Adolfo MUÑOZ ALONSO —acaecida en la madrugada del día 21 de julio, en Santander— sume en una auténtica orfandad a la intelectualidad española. Su *curriculum* profesional es impresionante y, en verdad, no resulta fácil el sintetizarlo en unas cuantas líneas. Tampoco es asequible el resumir, en dos o tres páginas, la grandiosidad de su existencia. Filósofo, teólogo, político y periodista, se asomó, con infinita curiosidad, a los problemas de su tiempo. Nació, el 7 de julio de 1915, en Peñafiel (Valladolid), y el nombre de su ciudad natal fue, efectivamente, una premonición de lo que, tanto en el terreno humanístico como en el político, sería su conducta. El profesor Adolfo MUÑOZ ALONSO ha sido el hombre de las grandes lealtades. Su blasón bien pudiera haber sido este: «Dar mucho y recibir poco». Desde la cátedra —titular de la de Historia de la Filosofía de la Universidad Complutense—, desde los diversos puestos en los que sirvió con inusitado entusiasmo —fue consejero general técnico del Movimiento, procurador en Cortes, secretario general técnico del Ministerio de Información y Turismo, director general de Prensa y consejero del Reino, entre otros muchos cargos—, desde las páginas de los rotativos españoles en los que su firma aparecía habitualmente —era periodista de honor y activo— procuró siempre, sin dolerle prendas, enseñar la defensa de la verdad. Su magisterio fue plenamente auténtico y su lección preferida la honestidad.

Es pronto todavía, pensamos, para valorar en su justa medida, con desapasionada objetividad, lo que su presencia significó en tantas y tan variadas áreas: ¡Terrible tarea les aguarda a los encasilladores de sabios...! Tuvo luz propia en todos los cometidos que emprendió y todo, en efecto, lo hizo bien. Dejó, a su paso por la tierra —paso desconsoladoramente breve—, los más óptimos ejemplos de caballeridad, de entereza cristiana ante las adversidades y de sufrido silencio ante las incomprensiones. Hizo suya la frase de Pascal —esgrimiéndola como bandera de su cotidiana conducta— de que «el corazón tiene razones que la razón desconoce», y con esta sublime filosofía se aprestó a transitar por los caminos de la existencia.

Que otros, si lo desean, se ocupen de alabar lo que por sí mismo se alaba :

su sólida formación humanística, la agilidad de su inteligencia, la rigurosidad de su pensamiento filosófico o su romanticismo político. Nosotros preferimos destacar, al aire purificador de la intemperie, lo que nos parece, y no creemos equivocarnos, su rasgo más personal e intransferible: su extremada bondad —cierto es, y muy cierto, que, en ocasiones, disparaba dardos venenosos. Dardos que se dirigían a un blanco concreto: la vulgaridad, la mezquindad espiritual, la estrechez de corazón—. Bondad en el momento del cumplimiento del quehacer o cometido profesional, bondad llegado el momento de prestar su valiosísima colaboración —¡qué maravilloso poder de convocatoria tenía su sólo nombre...!—, bondad en otorgar el consejo o la ayuda solicitada, bondad en cada una de sus páginas e intervenciones públicas. Todo su saber lo transmitió, todo lo que tenía lo dio.

Consumió su vida, este sugestivo Zarathustra cristiano, en el servicio de los demás y, sobre todo, en la defensa de sus ideales joseantonianos. Tuvo en España a su más preciada Dulcinea. Amó a España, ciertamente, con incontenible pasión y orgullosamente, en congresos y reuniones de rango internacional; dio siempre claro testimonio de la importancia del pensamiento político y filosófico español contemporáneo. Heredó la profundidad y la claridad expositiva de Ortega y la valiente y risueña gallardía de José Antonio. Era, pues, de esperar que, con la fuerza que le proporcionaban estos dos poderosos afluentes espirituales, la estrella intelectual del profesor Adolfo MUÑOZ ALONSO brillase con sublime intensidad.

Consiguió siempre —y no pocos disgustos cosechó por ello— darse a entender. Jamás le traicionó ni la palabra ni la pluma. Siempre dijo lo que pensaba y lo dijo abiertamente, con aire suicida, a los cuatro vientos. Alguien, acaso, llamará a esto inconsciencia, osadía o vanidad mal disimulada. Nosotros, sin embargo, lo llamamos autenticidad, severidad y precisión.

No fue, y conviene subrayarlo con cierta urgencia, un político profesional. Sentía, lo mismo que en otro tiempo lo sintió el propio José Antonio, rigurosísimo respeto por la función pública, puesto que pensaba, justamente, que la política es una función religiosa y poética, reveladora del auténtico destino de un pueblo.

Sembró, pródigamente, frases, sonrisas y deliciosas cortesías. Una de esas frases cobra ahora, en este amargo momento, patética actualidad: *Un hombre póstumo es lo que sea en los otros, no precisamente lo que sea con los otros*. Para comprenderle, consecuentemente, es preciso interrogarnos a nosotros mismos y, al mismo tiempo, penetrar en el secreto de sus aspiraciones, a saber: fue —el maestro de maestros no repudiaría este juicio— un incondicional de la esperanza.

Otros, insistimos, bosquejarán con muchísima más agudeza que nosotros

su personalidad académica. Una personalidad difícil de enclaustrar, de sistematizar y de definir: su curiosidad humanística era universal. Como hombre y como pensador se interesó, sin cortapisa alguna, por cuanto rodea la existencia del ser humano. La cultura española le adeuda, a la par que su alta ejemplaridad de estudioso, casi una treintena de libros —*Andamios para las ideas, La cloaca de la Historia, Dios, ateísmo y fe, Persona, sociedad y sindicalismo, Filosofía a la intemperie, Metábasis evangélicas*, etc.—, centenares de estudios monográficos y miles de artículos periodísticos. Permítasenos destacar, en todo caso, como obra excepcional del llorado profesor *Un pensador para un pueblo* —en ella depositó el maestro toda su ilusión y todo su corazón de hombre de bien—. Recordemos, como prolongación de su personalidad —sustentada de su propio peculio—, la creación de la revista *Crisis*, en donde, innecesario es el indicarlo, tuvieron amoroso cobijo todos los pensadores españoles que lo desearon.

Deja el profesor Adolfo MUÑOZ ALONSO, en el ámbito del INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, un imborrable recuerdo. Desde la presidencia de la *Sección de Política Cultural* y desde sus actividades como consejero de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS el llorado maestro contribuyó eficazmente a hacer realidad el principio, tan entrañablemente joseantoniano, de que «nada auténtico se pierde».

Adolfo MUÑOZ ALONSO, en definitiva, fue uno de esos filósofos con valor de profecía, uno de esos maestros a los que intensamente se quieren y admiran. Era, inequívocamente, uno de esos hombres que nos libran de la contaminación, y nos animan a proseguir en las tareas de la purificación espiritual.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

Secretario de la Sección de Política Cultural
del Instituto de Estudios Políticos

